

Opinión

EN CARICATURAS

Sin aviso



Pesadilla sin fin



Presente amargo

Por estos días son múltiples los llamados de diversos subsectores agrícolas al Gobierno por causa de los bajos precios. Pero en esta fase bajista del ciclo de precios, ningún sector ha visto caer los suyos en el mercado doméstico como el azúcar (21% entre julio de 2017 y julio de 2018), arrastrando, de paso, los de la panela, con una reducción del 19% en el IPC durante el último año.

Y es que el mundo azucarero afronta una profunda crisis a consecuencia de los excedentes más altos de la historia, originados por políticas predatorias de países como India, China y Tailandia. En India, gracias a los estímulos gubernamentales, la producción de azúcar aumentó en 13 millones de toneladas frente al año pasado. Tailandia incrementó su producción de 10 a más de 14 millones y China, el mayor importador, incrementó sus aranceles del 50% al 95%.

La crisis está afectando incluso a los países que la propiciaron; ni el mayor productor y exportador, Brasil, ha sido ajeno a los problemas financieros. Las medidas adoptadas varían, siendo el incremento de los aranceles la más común. En India, además de incrementar el arancel del 50% al 100%, se impusieron precios mínimos de garantía, cuotas obligatorias de exportaciones subsidiadas, se paga parte de las deudas de los ingenios con los cultivadores, entre otras medidas. Estados Unidos y México comparten un arancel equivalente al 102% y controlan la oferta interna, aislándose de esta coyuntura. Otros paí-



Crisis de cañicutores
Juan Carlos Mira*

ses, además, están estimulando los programas de biocombustibles con producción nacional. Para no ir lejos, en Argentina, Perú y Chile, ingenios reportan una difícil situación financiera con anuncios de cierre, lo que probablemente conducirá a su rescate por ser sectores estratégicos en la generación de empleo y altamente dinamizadores de otras actividades.

En Colombia, la agroindustria de la caña no ha sido ajena a esta situación y, no obstante la operación de instrumentos de estabilización, la crisis ha sido tan profunda que estos han sido insuficientes para amortiguar en el mercado interno la prolongada disminución de los precios internacionales (el 21% en el último año). Con una rígida estructura de costos, para responder a la velocidad con que caen los precios, se torna sombrío el panorama.

Esta situación se ha exacerbado por los aranceles impuestos por Ecuador y Perú al azúcar colombiano (principales destinos de nuestras exportaciones), dejando

el comercio en una sola vía, pues tienen el libre ingreso sin aranceles y sin la exigencia de unos mínimos estándares sanitarios o de calidad. La situación se hace más dramática si se tiene en cuenta que mientras Brasil, China y la Unión Europea le han cerrado sus mercados al etanol subsidiado de maíz de EE. UU., Colombia sí lo recibe. Lo anterior pone en riesgo la producción nacional de etanol y con ella, el programa de oxigenación de gasolinas creado para reducir la dependencia energética de combustibles fósiles, dinamizar la producción y mejorar la calidad del aire que respiramos los colombianos. El llamado al Gobierno es a hacer cumplir la normatividad vigente en esta materia.

Es de vital importancia defender la producción nacional de las políticas predatorias de los competidores; de lo contrario, estaremos frente a una crisis social y económica sin precedentes en regiones donde la agroindustria se ha desarrollado: en el Valle representa 38% del PIB agrícola y 16% del PIB industrial, y en el Cauca, 30% del industrial. Genera 286.000 empleos directos e indirectos, de tal manera que cerca de 65% de las familias de los 50 municipios cafetaleros están vinculadas con la actividad, sin contar los efectos sobre la agroindustria de la panela, de la cual subsisten más de 350.000 familias.

La crisis de precios es demasiado profunda y son elevados sus efectos negativos. Se requieren grandes soluciones aplicadas de manera firme y decidida.

*Presidente de Asocaña



Tubo de ensayo
Thierry Ways

Un odio platónico

Postulo que así como existe el amor platónico, existe también el odio platónico: un desprecio que habita en el plano de la imaginación o el deseo, pero que no consigue materializarse en la realidad.

Creo que eso fue lo que expresaron los 11,7 millones de personas que votaron en la consulta 'anticorrupción' de este domingo: su rechazo platónico al flagelo de marra. Una pasión que, como el amor del mismo apellido, no logra consumarse, pues la anhelada destrucción del ser odiado nunca se alcanza.

Con la corrupción pasa como con los ladrones, quienes por serlo no dejan de detestar a los demás practicantes de su profesión. El día que un ladrón sorprende a otro ladrón robando en su casa, no invita a su distinguido colega a tomar un café, sino que grita: "¡cojanlo, cojanlo!", como cualquiera. Un ladrón es un señor que aborrece el hurto tanto como cualquier otro, pero hace una pequeña excepción para sí mismo.

De igual manera, todo el mundo está en contra de la corrupción, todos la odian, hasta los corruptos. Pero, en el mundo real, las cosas divergen rápidamente del ideal. Abundan las pequeñas excepciones para uno mismo.

En el mundo real, el Estado colombiano no se comporta como un Estado garante de derechos y proveedor de seguridad y bienes públicos, como debiera, sino como un Estado cobrador de peajes. En lugar de hacerle la vida fácil al ciudadano, se la complica con normas y trámites que entorpecen y encarecen todo: sacar un permiso, comprar o vender una propiedad, acreditar el derecho a un subsidio, recaudar una cuenta de cobro, conseguir un empleo en una entidad estatal o un cupo en un colegio, una universidad o un hospital. Cada regla inútil, cada tarifa absurda, cada exigencia demoníaca es una ocasión para extraer del ciudadano un soborno, pequeño o grande. Una oportunidad de cobrar peaje. Pues siempre habrá un funcionario ahí, presto a quitar los palos en la rueda que el mismo Estado ha puesto, a cambio, por supuesto, de unos pesos. No faltará quien halle racional dárseles.

En el mundo real, no cuesta nada exigirles a ciertos funcionarios un comportamiento impecable. A un presidente, por ejemplo. Un presidente, al fin y al cabo, incide muy poco, e indirectamente, en nuestras vidas. Para la mayor parte de la población, quién ocupa la presidencia es un asunto irrelevante en el día a día.

Otra cosa es un alcalde, un gobernador, un concejal, un congresista. Su influencia en la vida del ciudadano es directa y cercana. Para el pobre, puede traducirse en un bulto de cemento o un alivio económico el día de las elecciones. Para una profesional de clase media, en un puesto de trabajo para ella o un familiar. Para un rico, en un contrato con el Estado o una decisión favorable a sus negocios. Por eso no es incongruente que el mismo pueblo que rechaza la corrupción haya votado por decenas de los corruptos de siempre en las pasadas elecciones legislativas, y que vuelva a hacerlo la próxima vez. De hecho, varios de esos políticos y de quienes los respaldan apoyaron la consulta, como diciendo: "¡cojanlos, cojanlos!".

Y por eso es exagerado referirse al domingo como un giro histórico hacia la probidad y la transparencia. Las legislativas fueron en marzo, ¿de verdad creemos que el país cambió tanto en cinco meses?

No, lo que pasa es que la relación de Colombia con la corrupción es una relación de odio platónico. La detesta en la imaginación, pero la tolera en la cotidianidad. Cuando le conviene, incluso la practica o la promueve. Aunque la sociedad condene la clase política en las reuniones, las redes sociales, las llamadas a los programas radiales y, a veces, hasta en las urnas, aún convive con ella en ambigua simbiosis. Por eso es difícil que el odio platónico se convierta en repudio real.

Mejor el divorcio

A veces pasa, en este mundo absurdo en el que estamos, que hay noticias que van y vienen como el agua del mar. Se vuelven 'virales' de golpe y corren de mano en mano, de cadena en cadena de WhatsApp, de grupo en grupo hasta que desaparecen y se nos olvidan, sepultadas por la sucesión interminable de nuevos memes y nuevos chistes y nuevos embustes en los que se ha convertido, y parece que muy a gusto, la humanidad.

Hace poco un amigo me copió por el teléfono la noticia aterradoramente pero también ya muy vieja -aunque no por ello menos aterradora, al contrario- de Derek Medina, un hispano que en 2013 mató a su esposa de ocho balazos en su casa en la Florida. Y no solo la mató a mansalva sino que además tuvo la sangre fría, luego, de colgar en su perfil de Facebook una foto con el cadáver ensangrentado de la víctima. Horror.

Pero lo que ha hecho viral y recurrente a esa noticia que cada tanto vuelve a circular y vuelve a la superficie no son solo sus detalles escabrosos, no. Lo que más impresionó de ella a la gente, y quizás también a los periodistas que la rescatan y la refirten como nueva, es el hecho de que el perpetrador del crimen, Derek Medina, es el autor de un libro de autoayuda que se llama, oh, *Cómo salvar la vida y el matrimonio de alguien*.

Un libro al parecer editado por su propio autor; digamos que 'cometido', como sus demás crímenes. Pero un libro que encrineó



Barataria
Juan Esteban Constaín

en internet, donde aún se vende a granel, un público ávido y sin duda desesperado -cómo estarían, cómo estarían- que fue a buscar en él la solución de sus problemas de pareja, la salvación. El libro lleva un subtítulo macabro, sobre todo si se piensa en lo que vino luego: 'Salvarse a través de la comunicación'.

No lo he leído (no todavía) pero por las reseñas y por los fragmentos que se encuentran en la red se ve que no es un libro del todo malo. Algo inconexo, quizás, medio loco y delirante. Pero en fin: tampoco hay que olvidar que es un libro que se ocupa del matrimonio y sus posibilidades reales de salvación, y por esa razón dice lo que dicen todos los demás: que hay que ser felices, que hay que dialogar, que este es un camino largo y culebrero...

No tengo nada en absoluto contra los llamados 'libros de autoayuda', entre otras cosas porque creo que todos los libros lo son: no hay libro que no sea de superación personal, en especial los buenos. Los

Ensayos de Montaigne, por ejemplo. Pero en ese tipo de libros, como los de Derek Medina, pues escribió varios, suelen esconderse una gran equivocación y una gran mentira muy de nuestro tiempo.

La equivocación y la mentira de creer que los problemas, todos los problemas, hay que solucionarlos. La idea de que existen unas fórmulas mágicas para lograr de verdad la felicidad, el bienestar, la armonía, la empatía (ah, esta palabra les fascina), incluso la belleza y la riqueza. Todo con la premisa un poco obvia, aunque al parecer reveladora para tantos, de que es mejor estar bien que estar mal. Quererse a uno mismo, como dicen siempre.

También es que muchas de esas doctrinas son un sucedáneo de la religión y aun de la filosofía: un sistema de respuestas sonrientes y endulzadas que llenan el vacío que dejó en el mundo contemporáneo la antigua y casi olvidada preocupación humana por las cosas del espíritu; por aquello que tantas veces no tiene solución, ni tiene por qué tenerla. Por eso, esas doctrinas llenan ese vacío y lo ahondan, lo hacen mayor.

Y por eso engendran un sentimiento religioso: una nueva fe; una forma no menos peligrosa del fanatismo, el dogmatismo, el proselitismo y el mesianismo.

Con sus gurus descarriados, como Derek Medina que mató a su esposa mientras escribía libros sobre cómo salvar el matrimonio.

catuloelperro@hotmail.com

@tways / tde@thierry.net